

ABRIL Y SEMANA SANTA EN CUARENTENA



En esta cuaresma en cuarentena tenemos la maravillosa oportunidad de vivir la Palabra de Dios en familia y en nuestro hogar. Para ello hemos preparado textos que contemplan los Evangelios dominicales del mes de abril y los Evangelios del jueves, viernes y sábado de Semana Santa. Estos textos están acompañados de una reflexión para la vida de familia y un pequeño cuestionario, basado en preguntas de nuestra vida, teniendo presente la Palabra del Señor.

Para hacer de esta lectura y reflexión un momento de especial recogimiento, les sugerimos escoger un lugar acogedor y cómodo para la reunión familiar. Les sugerimos también, si no lo tienen, escoger un lugar privilegiado dentro del hogar para preparar un altar familiar. Este lugar será un lugar de oración personal o comunitario, un lugar de encuentro para poner al Señor en el centro de nuestra vida familiar.



Frente al altar podremos conversar con Dios, agradecerle las bendiciones que recibimos a diario y confiarle nuestras inquietudes, penas, preocupaciones, con la certeza que siempre nos responderá, pues es nuestro Padre Providente que siempre nos escucha y está atento a todo cuanto nos sucede.

EVANGELIOS DOMINICALES Y DE JUEVES, VIERNES Y SÁBADO DE SEMANA SANTA

Familia, vive la Palabra de Dios
Domingo 05.04.2020

La Palabra (Extracto de Mt 27, 1-2.11-54)

Cuando amaneció, todos los jefes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo tomaron la decisión de matar a Jesús. Lo llevaron atado y lo entregaron a Pilato, el gobernador... Jesús compareció ante el gobernador y éste le preguntó: “¿Eres tú el rey de los judíos?”

Jesús le respondió: “Tú lo dices.” Pero no respondió nada a las acusaciones que le hacían que le hacían los sacerdotes y los ancianos. Entonces Pilato le preguntó: “¿No oyes todo lo que dicen contra ti?” Pero Él no le respondió nada, de suerte que el gobernador se quedó muy extrañado.

Por la fiesta, solía el gobernador conceder al pueblo la libertad de un preso, el que ellos quisieran. Tenía entonces un preso famoso, llamado Barrabás. Así que, viéndolos reunidos, les preguntó Pilato: “¿A quién quiere que les suelte, a Barrabás o a Jesús, el llamado Mesías?” Pues se daba cuenta que lo habían entregado por envidia.

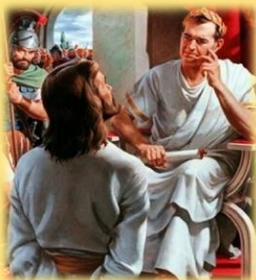


Estaba aún sentado en el tribunal cuando su mujer le envió este mensaje: “No te metas con ese justo, porque esta noche he tenido pesadillas horribles por su causa.” Los jefes de los sacerdotes y los ancianos persuadieron a la gente para que pidiera la libertad de Barrabás y la muerte de Jesús. El gobernador volvió a preguntarles: “¿A quién de los dos quieren que les suelte?” Respondieron ellos: “A Barrabás.” Pilato preguntó de nuevo: “¿Y qué hago entonces con Jesús, el llamado Mesías?” Respondieron todos: “¡Crucifícalo!”

Viendo Pilato que no conseguía nada, sino que la gente se amotinaba cada vez más, tomó agua y se lavó las manos ante el pueblo, diciendo: “No me hago responsable de esta muerte; allá ustedes.” Todo el pueblo respondió: “¡Nosotros y nuestro hijo nos hacemos responsables de esta muerte!” Entonces soltó a Barrabás; y a Jesús, después de azotarlo, lo entregó para que fuera crucificado.

Una reflexión para la vida de familia

Al amanecer del día después que Jesús fue apresado, los jefes de los sacerdotes y los ancianos del pueblo decidieron que Jesús debía morir y lo llevaron a presencia de Pilato que era el gobernador nombrado por los romanos. Éste lo interrogó acerca de su procedencia y las acusaciones que las autoridades judías esgrimían contra Él. Pero Jesús fue muy escueto en su respuesta, no emitiendo ningún juicio por las acusaciones de que era objeto.



Esto confundió al gobernador que al no ver claro el objetivo final del juicio que pedían quiso aprovechar la ocasión para utilizar, como subterfugio la benevolencia que exhibía su gobierno, soltando un preso con motivo de la festividad judía de la pascua. Por ello al no encontrar un motivo claro para llevar adelante un juicio, opta por ofrecer al pueblo la libertad de Jesús que no tenía un cargo claro en su contra y que él entendía era más bien envidia de la clase directiva judía o la libertad de un maleante y asesino como era Barrabás que estaba encarcelado.

Por eso, como se había reunido gran cantidad de gente, preguntó directamente al pueblo: “¿A quién quiere que les suelte, a Barrabás o a Jesús, el llamado Mesías?” Los jefes de los sacerdotes y los ancianos habían persuadido a la gente para que pidiera la libertad

de Barrabás y la muerte de Jesús. El gobernador volvió a preguntarles: “¿A quién de los dos quieren que les suelte?” Respondieron ellos: “A Barrabás.” Pilato preguntó de nuevo: “¿Y qué hago entonces con Jesús, el llamado Mesías?” Respondieron todos: “¡Crucifícalo!” Pilato ya había sido advertido por su propia esposa de que no siguiera adelante con ese juicio, a través de una misiva que le hizo llegar: “No te metas con ese justo, porque esta



noche he tenido pesadillas horribles por su causa.” Viendo entonces que no llegaría a buen puerto dictando sentencia pidió agua, para hacer frente al pueblo un gesto que lo liberara de culpa. Lavándose las manos enfrente de todos les dijo: “No me hago responsable de esta muerte; allá ustedes.” La masa, soliviantada como estaba exclamó: “¡Nosotros y nuestro hijo nos hacemos responsables de esta muerte!” Entonces Pilato

mandó a azotar a Jesús, les entregó a Barrabás y puso en sus manos al Señor para que fuese crucificado.

Sin lugar a dudas este fue un juicio escandaloso que ni el mismo Pilato quiso darle el título de tal, al lavarse las manos públicamente, dándole la característica de un asesinato por odio. Por lo demás, la misma gente se hacía cargo, conscientemente de dicha culpa, si es que la hubiera.

Vistos los hechos con los ojos del presente, no pueden ser considerados sino como una injusticia flagrante y un abuso del poder que estamos llanos a condenar. Pero en la esencia ¿no es acaso lo mismo que realizamos nosotros en tantas y tantas ocasiones en que nos comportamos de igual manera que los judíos y con la indolencia del gobernador romano?

Particularmente los cristianos, llamados a tener misericordia como Dios la tiene con cada uno ¿no cerramos, una y otra vez, nuestro corazón ante la injusticia o el dolor ajeno, porque no nos toca directamente? Y ¿cuántas veces somos indolentes y abusamos del poder, atropellando la dignidad de los otros, incluso dentro de la propia familia? Y somos los mismos que nos escandalizamos frente al juicio injusto que sufrió el Señor.



La historia vuelve a repetirse y mientras no nos convirtamos de corazón y rectifiquemos nuestro actuar, seguiremos llevando al Señor al patíbulo en la persona de tantos que hoy dejamos de lado, no los escuchamos ni apoyamos.

Que esta semana sea de reflexión y de conversión sincera, para seguir al Señor, siendo coherentes en nuestra fe y llevándola a la propia vida.

Examinemos nuestra vida teniendo presente la Palabra del Señor:

¿En qué aspectos de la vida reconocemos el juicio injusto que sufrió Jesús?

¿Qué sentimientos provoca en mí la injusticia, el odio, la envidia, la mentira?
¿Cómo recibo la actitud pasiva de Jesús que no esgrime defensa alguna?
¿Si hoy se atropella a Cristo, alzo mi voz para defenderlo o callo por temor?

Y para quien ha leído con atención estas líneas: **¡Que la bendición de Dios que es Padre, que es Hijo y que es Espíritu Santo, descienda abundantemente sobre ti y los tuyos y les acompañe siempre!**

Familia, vive la Palabra de Dios

Jueves Santo 09.04.2020

La Palabra (Extracto de Jn 13, 1-15)

Era la víspera de la fiesta de la pascua. Jesús sabía que le había llegado la hora de dejar este mundo para ir al Padre. Y Él, que había amado a los suyos que estaban en el mundo, llevó su amor hasta el final. Estaban cenando y ya el diablo había convencido a Judas Iscariote, hijo de Simón, para que entregara a Jesús. Entonces Jesús, sabiendo que el Padre le había entregado todo, y que de Dios había venido y a Dios regresaba, se levantó de la mesa, se quitó el manto, tomó una toalla y se la colocó en la cintura. Después echó agua en una palangana y comenzó a lavar los pies de los discípulos y a secárselos con la toalla que llevaba en la cintura.

Cuando llegó a Simón Pedro, éste se resistió: “Señor, ¿cómo vas a lavarme tú a mí los pies? Jesús le contestó: “Lo que estoy haciendo, tú no lo puedes comprender ahora; lo comprenderás después.” Pedro insistió: “Jamás permitiré que me laves los pies.” Entonces Jesús le respondió: “Si no te lavo los pies, no tendrás nada que ver conmigo.” Simón Pedro reaccionó diciendo: “Señor, no sólo los pies, lávame también las manos y la cabeza.” Pero Jesús le dijo: “El que se ha bañado sólo necesita lavarse los pies, porque está completamente limpio; y ustedes están limpios, aunque no todos.” Sabía muy bien Jesús quién lo iba a entregar; por eso dijo: “No todos están limpios.”



Después de lavarles los pies, se puso de nuevo el manto, volvió a sentarse a la mesa y dijo a sus discípulos: “¿Comprenden lo que acabo de hacer con ustedes? Ustedes me llaman Maestro y Señor, y tienen razón, porque efectivamente lo soy. Pues bien, si yo, que soy Maestro y Señor, les he lavado los pies, ustedes deben hacer lo mismo unos con otros. Les he dado ejemplo, para que hagan lo mismo que yo he hecho con ustedes.”

Una reflexión para la vida de familia.

Jesús que mantenía una comunicación constante con el Padre, sabe que ha de volver al corazón del padre de dónde salió para estar con los hombres y mostrarles su rostro. En

el encuentro con aquellos que el Padre le dio, les ha mostrado diferentes facetas de su vida las que nos invita a seguir como camino directo para acceder al reino eterno.



Reunido con ellos para celebrar la pascua judía hace un gesto de la cultura de su tiempo, pero en el que Él asume el protagonismo lo que no era común dentro de esa misma cultura. El lavado de los pies estaba destinado como labor de la servidumbre no del señor de la casa.

En esta ocasión, Jesús sorprende a sus discípulos haciendo este gesto. Pero al llegar junto a Pedro, éste reacciona negándose a ser parte de esa acción: *“Señor, ¿cómo vas a lavarme tú a mí los pies? Jesús le contestó: “Lo que estoy haciendo, tú no lo puedes comprender ahora; lo comprenderás después.”* Pedro insistió: *“Jamás permitiré que me laves los pies.”* Entonces Jesús le respondió: *“Si no te lavo los pies, no tendrás nada que ver conmigo.”*

Esto hizo reaccionar a Pedro que cambió inmediatamente de postura y, de negarse a que Jesús le lavase los pies, ahora le pide sean las manos y la cabeza, pues no concibe no estar con Jesús. El Señor calma su ansiedad haciéndole ver que: *“El que se ha bañado sólo necesita lavarse los pies, porque está completamente limpio; y ustedes están limpios, aunque no todos.”* Pues sabía lo que había en el corazón de sus discípulos.

Después de esto volvió a la mesa y les explicó en detalles el por qué había actuado de esa manera. Dado que a Él lo mencionaban como Maestro o Señor, Él les afirma que lo es en verdad, pero lo que había hecho era para mostrarles la enseñanza que quería asumieran desde el corazón, ya que viéndole en esa actitud sólo debían imitarlo para hacer lo correcto. Esto está en sintonía con lo que ya les había mencionado en otras ocasiones, como: *“El que quiera ser el primero que se haga el último.” “Si no son como niños no entrarán en el reino de los cielos.”*



En pocas palabras les está pidiendo que sean sencillos, humildes y que por sobre todo estén dispuestos a poner al otro antes, sin buscar ser servidos o privilegiados por títulos o posición.

Esta era una preparación para los duros momentos que habrían de vivir al cabo de unas horas, en donde, de Maestro y Señor pasará a ser reo de muerte que llevarán al Calvario para crucificarlo. Será necesario que, en esas circunstancias recuerden cuanto les ha mostrado con su vida, para poder aceptar lo incomprensible y absurdo de las acusaciones para quitarle la vida y que, pese a ello, no sale una palabra de su boca para defender su inocencia, permitiéndoles continuar con la deleznable acción de quitarle la vida, cargando libremente con la culpa de darle muerte, cual si fuera un acto de justicia...

Será también este el momento para entregarles sus últimas instrucciones y entregarles su mayor regalo, la ofrenda de su propia vida y la perpetuidad de su presencia en medio de los hombres, en el memorial de su entrega por amor. Será el instante de la primera Eucaristía en la que el amor del Señor sobrepasa todas las consideraciones del hombre acerca de él y se hace una sublime realidad al decidir quedarse en medio nuestro para alimentarnos, no sólo en la fe, sino en la integridad de nuestro ser, perseverando adheridos a Él hasta el momento en que nos llame a su presencia.



Ahora bien ¿cómo hemos respondido a este gesto del Señor Jesús? Lo podemos apreciar en el día a día de nuestra existencia, en los momentos en que buscamos estar más cerca del Señor. En ocasiones experimentamos la necesidad de acudir al templo, para participar de una Eucaristía o buscamos un espacio para acudir frente al Santísimo y encontrarnos cara a cara con el Señor, para implorar su ayuda o simplemente reposar en Él.

Examinemos nuestra vida teniendo presente la Palabra del Señor:

¿Qué interpretación damos al gesto de humildad del Señor? ¿Lo imitamos?
¿Cómo apreciamos la Misa? ¿Cómo un mandato, una obligación o necesidad?
¿Nos preparamos adecuadamente para recibirle o lo hacemos por costumbre?
¿Destinamos algún momento de nuestra vida para estar con Él y adorarle?

Y para quien ha leído con atención estas líneas: **¡Que la bendición de Dios que es Padre, que es Hijo y que es Espíritu Santo, descienda abundantemente sobre ti y los tuyos y les acompañe siempre!**

Familia, vive la Palabra de Dios

Viernes Santo 10.04.2020

La Palabra (Últimas palabras de Jesús)

"Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen." (Lc, 23, 34).
"Yo te aseguro: hoy estarás conmigo en el Paraíso." (Lc, 23, 43).
"Mujer, ahí tienes a tu hijo..." "Ahí tienes a tu madre." (Jn 19, 26-27).
";Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?" (Mt 27, 46 y Mc 15, 34).
"Tengo sed." (Jn 19, 28).
"Todo está cumplido." (Jn 19, 30).



"Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu." (Lc 23, 46).

Una reflexión para la vida de familia

"Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen." Es la voz de Jesús clamando perdón para sus verdugos. Él, que no alzó la voz para defenderse frente a las acusaciones injustas y falsos testimonios esgrimidos para pedir su condena, ahora alza su voz al Padre eterno para implorar un perdón que el hombre no merece y es sólo la misericordia del corazón de Dios que se hace presente, para disculpar su actuar en base a la ignorancia que les asiste.



Jesús nos da prueba de su intercesión ante el corazón del Padre para que nos perdone, antes que nosotros mismos experimentemos la culpa por nuestra falta e infidelidad al amor que nos dio y nos sostiene en el ser.

"Yo te aseguro: hoy estarás conmigo en el Paraíso." La promesa que surge de los labios de Jesús crucificado, en medio de los tormentos de la cruz, es una prueba más de la infinita misericordia de Dios que no requiere de una vida entregada a su servicio, ni de un arrepentimiento por el mal causado. Al Señor le importa sobre manera el reconocimiento que hagamos de su verdad y con humildad de corazón le solicitemos estar junto a Él, pese a nuestras dudas, falencias y caídas con que le hemos ofendido.



El reconocimiento de Dios por parte del pecador y el anhelo de estar con Él es suficiente para el corazón de Dios que nos dio el ser por amor y nos sostiene en la existencia en base a ese amor, aun cuando no queramos aceptarlo y le demos la espalda, despreciando su enseñanza.

"Mujer, ahí tienes a tu hijo... Ahí tienes a tu madre." Jesús agónico ve junto a la cruz a su Madre y junto a ella al discípulo al que tiene un cariño particular y haciendo un esfuerzo para hablar se dirige a ella, para poner en su corazón de Madre el cuidado del discípulo, al tiempo que dirigiéndose al discípulo le encarga el cuidado de su Madre. Pero esta solicitud de cuidados no va sólo al cuidado de la vida natural, sino que le da el carácter de velar por la vida integral del uno y del otro, lo que involucra una relación especial como lo es la que existe y debe existir entre la Madre e hijo. Es por ello que emplea esta palabra para sellar esa unión que expresa su voluntad: **"Mujer, ahí tienes a tu hijo..."** Y luego al discípulo: **"Ahí tienes a tu madre."** La Escritura nos recuerda que desde ese mismo instante ambos asumen esta misión como una realidad que ha de durar hasta que el Señor les llame desde su gloria para que gocen de su presencia por toda la eternidad. El sentir de la Iglesia es que, en la misión encomendada a ambos, nos involucra a todos.



"¿Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?" Es posible que esta frase de Jesús no la entendamos en plenitud, pues ¿cómo podría ser que el Padre Dios, Dios del Amor Infinito, abandonará a su Hijo unigénito en el momento más crucial de su vida humana, cumpliendo su santo designio?



Pero no es así, lo que el hombre verdadero en el que existe el Hijo unigénito del Padre, experimenta en sí, toda la angustia del pecado del mundo que, al percatarse de que se ha apartado del Dios verdadero y de su amor, se encuentra desamparado en una noche negra que le produce la sensación de que Dios se ha olvidado de él. Pero Dios jamás olvida al pecador, sino éste no podría encontrar el camino de regreso a su corazón de Padre.

Jesús asume en sí mismo toda la angustia del pecado del mundo con el fin de devolvernos, por medio de su sangre, la reconciliación con el Padre.

"Tengo sed." Nos parece normal que el ajusticiado pida de beber, pues la sed es parte del tormento. Pero en el caso de Jesús va más allá, pues nos recuerda aquello mismo que decía en su momento a la samaritana a quien pide agua. El agua a la se refiere no hace hincapié en el agua natural, sino que apunta a la sequía del alma que han de experimentar los que se alejan del Señor, más aún cuando están dando muerte al que tiene el poder de calmar la sed del mundo a través de su Palabra. ¿Cuántos experimentan esa sed que jamás podrán calmar ni con todo el oro del mundo?, sino con un gesto de humildad de reconocer su propia miseria y volver a Dios implorando su perdón.



"Todo está cumplido." Jesús sintiendo que las fuerzas humanas le abandonan confirma lo que ha estado escrito desde la antigüedad por boca de los profetas y hombres de Dios que tuvieron la misión de mantener en medio de los hombres vigente esta relación con el Dios infinito, pese a todos los desvíos ocurridos, incluyendo los desprecios al Dios que le dio el ser y siguiendo tras dioses extraños inventados por la soberbia del hombre, para tener un dios a su medida que justificara todas sus acciones que paulatinamente le fueron alejando de su lado.



Pero, aun así su vigencia seguía presente y continuará por los siglos de los siglos. Somos de Dios y sólo Él sabe el momento en que dirá basta y llegará el juicio de nuestras obras. Jesús nos ha abierto el camino para llegar sin tropiezos a nuestro destino eterno. Todos podemos lograrlo, si tenemos el coraje de seguir sus pasos siendo fieles a Él.

"Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu." Es el sello que pone punto final al paso del Hijo de Dios por nuestra historia y que está llamado a ser el modelo como debemos salir de este mundo para entrar en las moradas eternas en donde no hay llanto ni dolor, no existe la angustia ni la incertidumbre de que pasará con nosotros. El Padre es el Dios providente que no dejará de abrirnos sus brazos para acogernos en la calidad de hijos que Jesús hizo posible alcanzáramos por su entrega de amor generosa que lava nuestras almas del pecado, para presentarnos a su Padre y así poder gozar de su presencia, alabándole por los siglos de los siglos de toda la eternidad.



Y para quien ha meditado con devoción estas líneas: **¡Que la bendición de Dios que es Padre, que es Hijo y que es Espíritu Santo, descienda abundantemente sobre ti y los tuyos y les acompañe siempre!**

Familia, vive la Palabra de Dios

Sábado 11.04.2020

La Palabra (Extracto de Jn 19, 38-41)

Después de la muerte de Jesús, José de Arimatea, que era discípulo de Jesús, aunque lo mantenía en secreto por miedo a los judíos, pidió autorización a Pilato para retirar el cuerpo de Jesús. Pilato se lo concedió.

Entonces él fue y tomó el cuerpo de Jesús. Llegó también Nicodemo, el que en una ocasión había ido a hablar con Jesús durante la noche, con unos treinta kilos de una mezcla de mirra y perfume. Entre los dos se llevaron el cuerpo de Jesús y lo envolvieron con vendas de lino bien empapadas en la mezcla de mirra y perfume, según la costumbre judía de sepultar a los muertos.



Cerca del lugar donde fue crucificado Jesús había un huerto y, en el huerto, un sepulcro nuevo en el que nadie había sido enterrado. Allí, pues, depositaron a Jesús dado que el sepulcro estaba cerca y era la víspera de la fiesta de pascua.

Una reflexión para la vida de familia

Jesús ha muerto, el espectáculo ha concluido, su cadáver pende de la cruz y el pueblo judío se repliega para celebrar el sábado. Víspera de la pascua. Dos personajes reconocidos por la comunidad, pero que en silencio simpatizaban con Jesús y habían conversado con Él a espaldas de la jerarquía de los judíos, por respeto a los restos mortales del Señor injustamente ajusticiado, se decidieron a tomar una determinación. José de Arimatea se dirigió a Pilato para pedir la autorización y retirar el cuerpo de Jesús,



lo que le fue concedido y el otro, por nombre Nicodemo, trajo unos treinta kilos de una mezcla de mirra y perfumes y luego de bajarlo de la cruz lo envolvieron en vendas empapadas en esta mezcla. Posteriormente y como la tarde ya caía y estaban por comenzar las vísperas, colocaron a Jesús en una tumba nueva que tenían en un huerto cercano y sellaron la entrada con una gran piedra, retirándose luego para comenzar el reposo del día sábado.

Por su parte Pilato envió una guardia para vigilar la tumba y evitar de esta forma que sus seguidores hicieran algo impropio para engañar al pueblo.

De esta manera se dio inicio al sábado destinado a la preparación espiritual para celebrar la pascua judía que recordaba de la liberación del pueblo de las manos del faraón, cuando era esclavo en Egipto.

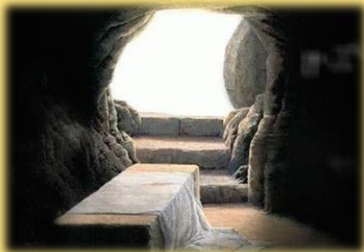
La religiosidad de los seguidores de Jesús, que nacen del seno del pueblo judío, prosiguió con esta tradición, de manera que por mucho tiempo se mantuvo esta premisa de respetar el sábado como un día de reflexión y de preparación para celebrar la pascua cristiana que celebra el paso de Dios por nuestra historia.



Se sumó a ello la memoria de la celebración de la última cena que nos recuerda la despedida del Señor de quienes fueron sus seguidores, la institución de la Eucaristía que es la presencia permanente de Jesús en medio de su pueblo y la institución del sacerdocio, en que éstos renuevan sus votos.

Se destinó el día viernes como día de duelo para rememorar los pasos previos a su muerte: El juicio injusto al que fue sometido, el escarnio realizado en su persona, el tormento del camino hacia el Calvario, su crucifixión y su muerte. Por ello se efectúa el rezo del vía crucis, que significa eso, camino hacia la cruz. Este es el único día en el año en que no se celebra la Eucaristía, sino que el énfasis está puesto en la Pasión y Muerte del Salvador.

Pero el hombre que, paulatinamente se ha ido apartando del camino de la vida que lo lleva al encuentro con el Dios de la Vida, ha ido dejando, poco a poco, de lado estas prácticas de piedad y en gran parte de los casos, estos días se han ido transformando en pequeñas vacaciones que, entre otras cosas, le alejan más y más del mundo trascendente siendo terreno fértil para el demonio que no dejará pasar la ocasión para inducirnos con más energía a abandonar al Señor, como un día lo hicieron los mismos seguidores que Él se encargó de congregar.



Pero ello no cambia la esencia del sábado que seguirá siendo el día destinado a acompañar al Señor mientras baja al lugar de los muertos, para mostrarnos que la muerte no tiene poder sobre Él y se levantará vencedor y triunfante como el Señor de la Vida que es y así le reconocemos y le reconocen todos cuantos se adhieren a Él.

Será entonces un día destinado a la reflexión y a la contemplación de su obra de la salvación mediante la cual nos restituye la vida perdida por culpa de nuestro pecado y nos abre las puertas del reino, para ser reconocidos por el Padre como hijos adoptivos de su amor, por los méritos de su Hijo unigénito, el amado del Padre.

Demos entonces a nuestra alma la oportunidad de no quedarse apegada a los placeres temporales, y buscar afanosamente los momentos de relajo personal, sino que destinemos algún momento del día para acompañar al Señor y mostrarle nuestro agradecimiento por el don inapreciable de la salvación. Él que no se reservó nada para sí y lo dio todo por nosotros quiere hagamos conciencia de su actitud para con nosotros cuando, como pecadores, le abandonamos y cargamos nuestros pecados en su cruz, al extremo de darle muerte. Él no nos condena por nuestra falta, sino más bien abre las compuertas de su corazón para derramar sobre cada uno la abundancia de su perdón y de su amor que nos rescata de las cadenas del mal, para acogernos en su corazón abierto por la lanza.

No endurezcamos más nuestro corazón y hagámonos sensibles a su sufrimiento, mostrándole nuestro arrepentimiento, mientras imploramos su perdón.

Examinemos nuestra vida teniendo presente la Palabra del Señor:

¿Cómo he vivido estos días, al revivir los misterios centrales de nuestra fe?

¿Qué sentimientos suscita en mí la muerte del Señor, por mi culpa?

¿Considero estos días santos: un descanso o un encuentro con el Señor?

¿La Semana Santa es un período vacacional o de reflexión para el alma?

Y para quien ha leído con atención estas líneas: **¡Que la bendición de Dios que es Padre, que es Hijo y que es Espíritu Santo, descienda abundantemente sobre ti y los tuyos y les acompañe siempre!**

Familia, vive la Palabra de Dios

Sábado Vigilia 11.04.2020

La Palabra (Extracto de Mt 28, 1-10)

Pasado el sábado, al alba del primer día de la semana, María Magdalena y la otra María fueron a visitar el sepulcro. De pronto hubo un gran temblor. El ángel del Señor bajó del cielo, se acercó, rodó la piedra del sepulcro y se sentó en ella. Su aspecto era como el del relámpago y su vestido blanco como la nieve. Al verlo, los guardias se pusieron a temblar y se quedaron como muertos. Pero el ángel se dirigió a las mujeres y les dijo: *“Ustedes no teman; sé que buscan a Jesús, el crucificado. No está aquí, ha resucitado como lo había dicho. Vengan a ver el sitio donde estaba puesto. Vayan en seguida a decir a sus discípulos: Ha resucitado de entre los muertos y va camino de Galilea; allí lo verán. Eso es todo.”* Ellas salieron rápidamente del sepulcro y, con temor, pero con mucha alegría, corrieron a llevar la noticia a los discípulos. Jesús salió a su encuentro y las saludó. Ellas se acercaron, se echaron a sus pies y lo adoraron. Entonces Jesús les dijo: *“No teman, digan a mis hermanos que vayan a Galilea; allí me verán.”*



Una reflexión para la vida de familia

Jesús ha muerto y yace en el sepulcro, donde le pusieron después de haberlo bajado de la cruz. La tumba está cerrada y por precaución y evitar que sus seguidores hicieran algo impropio, se dejó una guardia de soldados vigilando el lugar.



Por otra parte era sábado, día de precepto para los judíos, con reglas tan estrictas que les impedían, incluso, hacer una vida normal. Sólo a partir de la madrugada del día domingo se reanudaría la vida normal y sus seguidores podrían haber hecho una manifestación frente a la tumba. Por lo tanto, el sábado fue un día de quietud, como de duelo, aunque para el pueblo que pedía su crucifixión habrá sido la oportunidad de pensar si lo que hicieron fue de justicia o una canallada orquestada por sus jefes religiosos que en un gesto de envidia llevaron a la mayoría a pedir su muerte, su aniquilación.

Para sus seguidores que por temor no dieron la cara, ni alzaron su voz en defensa de la verdad y la vida del Maestro, sí tenía la expresión del duelo, pero más que ello la desesperanza, pues todo lo que representaba Jesús con su actuar, con su enseñanza y el bien que hacía, prometía ser la gran solución que los judíos esperaban y reclamaban.

Pero ya estaba muerto y enterrado y sólo les restaba apoyarse unos a otros para encontrar una solución a la situación en la que se encontraban, sin guía, sin Maestro, con miedo y en una completa inseguridad de lo que podría ocurrir con ellos. Recordaban

muchos pasajes de la vida del Señor, pero, hoy que ya no estaba con ellos les parecía que su ilusión de tiempos mejores, había concluido en una desastrosa derrota.



Las mujeres entre tanto, si bien compartían el dolor y la angustia de haber perdido al Maestro, aun mantenían ese apego a su persona y estaban decididas a darle lo mejor en su partida. Por ello prepararon perfumes, según la costumbre de esa época y esperaron el alba del primer día de la semana para ir al sepulcro y cumplir su cometido, que era cubrir el cuerpo de Jesús con los perfumes apropiados, en dichas circunstancias.

Llegadas al lugar fueron sorprendidas por un fuerte temblor que espantó a los guardias de la tumba, al tiempo que aparecía un ser celestial, un ángel que movió la piedra que cubría la entrada de la tumba y dirigiéndose a ellas les dijo: *“Ustedes no teman; sé que buscan a Jesús, el crucificado. No está aquí, ha resucitado como lo había dicho. Vengan a ver el sitio donde estaba puesto. Vayan en seguida a decir a sus discípulos: Ha resucitado de entre los muertos y va camino de Galilea; allí lo verán.”*

Atónitas y sorprendidas, pero con el corazón rebotante de alegría por la noticia de que el Maestro estaba vivo, salieron corriendo en busca de los apóstoles para informarles de lo ocurrido.

Imaginemos por un instante los sentimientos encontrados que se suscitaban en el interior de estas mujeres que habían caminado junto a Jesús cubriendo parte de sus necesidades naturales, siendo testigos directos de las intervenciones milagrosas que ocurrieron en su corta vida pública, y que daban cuenta del poder que yacía en Él y que no se hizo presente cuando los hombres atentaron contra su vida, al extremo de haberle hecho morir en el patíbulo de la cruz. Hoy no pueden comprender el cómo está vivo después de haber sido sepultado. Pero nada impide la alegría que desborda su alma.



Cuánta necesidad tenemos hoy de creer, con la fe que anidaba en el corazón de dichas mujeres, que no comprendiendo del todo lo que ocurría, sólo con la noticia de que su Maestro no estaba entre los muertos, les volvía el alma al cuerpo y corrían alegres para llevar esa noticia a los seguidores de Jesús, tan angustiados como lo estaban ellas, pocos momentos atrás.

Hoy que tenemos la oportunidad de conocer todos estos hechos de primera fuente, con mayor razón debiéramos creer en la presencia de Dios Vivo en medio nuestro, pero nuestra fe es tan débil que cuesta aceptar, incluso, su existencia, pues nos dejamos arrastrar por las noticias que surgen del maligno y que pretenden desviarnos del camino y vivimos indiferentes ante la presencia de Dios o le negamos directamente o despreciamos a quienes creen en Él.

Pero todo ello no puede impedir que la resurrección de Jesús sea algo evidente y pruebas de ello encontramos en cada curva del camino de nuestra existencia, aun cuando pretendamos ignorarlas, conscientemente, corriendo el riesgo que, por negarlo hoy frente a los hombres, Él nos niegue el día de mañana frente a su propio Padre y Padre nuestro, por los méritos de su entrega generosa.

Examinemos nuestra vida teniendo presente la Palabra del Señor:

- ¿Nos rebelamos ante Dios por la partida de un ser querido que Él llamó?
- ¿Tengo conciencia de que Jesús está vivo y puedo comunicarme con Él?
- ¿Hasta qué punto la alegría por la Pascua de Jesús llena mi alma?
- ¿Me siento comprometido a llevar la alegría de la resurrección a otros?

Y para quien ha leído con atención estas líneas: **¡Que la bendición de Dios que es Padre, que es Hijo y que es Espíritu Santo, descienda abundantemente sobre ti y los tuyos y los acompañe siempre!**

Familia, vive la Palabra de Dios

Domingo 12.04.2020

La Palabra (Extracto de Jn 20, 1-9)

El domingo por la mañana, muy temprano, antes de salir el sol, María Magdalena vino al sepulcro. Cuando vio que habían retirado la piedra que tapaba la entrada, regresó corriendo adonde estaban Simón Pedro y el otro discípulo a quien Jesús tanto quería, y les dijo: *“Se han llevado del sepulcro al Señor, y no sabemos dónde lo han puesto.”* Pedro y el otro discípulo fueron rápidamente al sepulcro. Salieron corriendo los dos juntos, pero el otro discípulo se adelantó a Pedro y llegó antes que él. Al asomarse al interior comprobó que las vendas de lino estaban allí; pero no entró. Siguiéndole los pasos llegó Simón Pedro que entró en el sepulcro, y observó que las vendas de lino estaban allí. Estaba también el lienzo que habían colocado sobre la cabeza de Jesús, pero no estaba con las vendas, sino doblado y colocado aparte. Entonces entró también el otro discípulo, el que había llegado primero al sepulcro. Vio y creyó. (Y es que hasta entonces, los discípulos no habían entendido la Escritura, según la cual Jesús tenía que resucitar de entre los muertos).

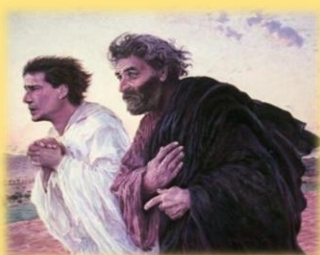


Una reflexión para la vida de familia

Pasado el sábado que, según la ley judía impedía el desarrollo de actividades normales,

para dedicarse al descanso sabático que impedía, incluso andar más allá de una cierta cantidad de pasos, lo que había impedido que el cuerpo de Jesús recibiera el tratamiento adecuado al momento de ser sepultado, María Magdalena se dirigió a la tumba para cumplir esta misión.

Al llegar al lugar y contemplar que la tumba estaba abierta y el cuerpo del Señor no se encontraba allí, salió corriendo en busca de los apóstoles, encontrando a Pedro y a Juan a quienes manifestó lo que había visto. Éstos fueron corriendo hasta el lugar, pero como Juan era más joven, llegó antes y comprobó que era cierto lo que María Magdalena les había dicho, mas no entró por respeto a Pedro que ostentaba la autoridad dentro del grupo de los Doce.



Cuando Pedro llegó finalmente, ingresó a la tumba, vio las vendas y el sudario con que habían cubierto la cabeza del Señor, pero de Él no había nada. Luego entró Juan y contempló lo mismo. El impacto que le causó esta visión quedó graficado en su escrito: “Vio y creyó.”

Esto, porque hasta ese momento no habían entendido la Escrituras que decían que resucitaría al tercer día. Pues no tenían experiencia de que era la resurrección. Ciertamente que habían estado en el retorno a la vida de Lázaro, la hija de Jairo, el hijo de la viuda de Nain, pero todos ellos retornaron para continuar la vida que había quedado como en suspensión por lo que pasarían por la experiencia de la muerte, más adelante, cuando se cumpliera su ciclo vital.

En el caso que estaban contemplando Jesús no estaba, razón por la cual estaban ciertos de que no había vuelto a la vida que tenía antes de su sacrificio en la cruz.

Esta es la situación que los llevará a llenarse de sorpresa cuando esa misma tarde se haga presente en medio de ellos, estando puertas y ventanas cerradas por temor a los judíos.

El cómo ocurrieron los hechos seguiría siendo un misterio que nos alcanza en el día de hoy y que no es lo fundamental, sino que es el cumplimiento fiel de la Escritura que había anunciado que el Hijo de Dios volvería resucitado y glorioso, pues la muerte no tiene poder sobre Él.

De allí comenzará un largo período a lo largo del cual el resucitado se irá acercando a los suyos para confirmarlos en la fe y así puedan ser sus testigos creíbles en la Iglesia naciente. Hoy hemos recibido la certeza de la resurrección del Señor a través de su testimonio de vida que les llevó a seguir los pasos de su Maestro, entregando sus propias vidas para confirmar en la fe a sus sucesores.

Hoy nos encontramos en medio de un mundo que niega tozudamente estos hechos, sin tener un argumento de peso, aparte de su dureza de corazón que les lleva a patrocinar consignas ajenas a la esencia del evangelio que el Señor nos ha legado como testamento.



Son muchos, al día de hoy, los que no se adhieren a la fe y propician caminos ajenos a la voluntad de Dios haciéndose ecos de doctrinas que no tienen por objeto la salvación del hombre, sino que por el contrario, promueven su esclavitud frente a los dioses o ídolos que mentes enfebrecidas les presentan como reales.

Hoy, más que nunca es necesario centrar nuestra atención en la enseñanza de Cristo que nos llama a usar las virtudes con que el Creador adornó la vida de sus creaturas, y así podamos encontrarnos con Él, para asumir su santa voluntad, como el camino que nos ha de llevar a nuestro destino eterno.

Imitemos a los apóstoles de Cristo que, a partir de la experiencia de su encuentro con el resucitado, hicieron de su Palabra en el gran motivo de su predicación para ser esos testigos fieles que la Iglesia naciente necesitaba, como las columnas para soportar la estructura que desde allí comenzaría a conformarse como el Cuerpo místico de Cristo.

Hoy también, cada cristiano debe hacer su aporte y prepararse para dar testimonio con su propia vida y así poder testimoniar que somos testigos de un Cristo Vivo y presente en medio del mundo, con una misión específica: llevar a todos, cuantos nos sea posible, al encuentro con el Señor de la vida, para transformarlos, a su vez, en testimonios vivos de su amor por todos.



Este desafío alcanza a todo bautizado y a todo hombre que busque sinceramente hacer de este mundo un lugar mejor, en donde haya pan, seguridad, respeto, justicia y amor para cada ser, particularmente los más débiles.

Examinemos nuestra vida teniendo presente la Palabra del Señor:

- ¿Puedo considerarme un testigo creíble del evangelio de Jesucristo?
- ¿He hecho de Cristo el centro de mi vida o es una referencia para ser mejor?
- ¿He hecho la experiencia de vivir con Él dando testimonio de ello con mi vida?
- ¿De qué manera mantengo la unión con el Cristo Vivo, resucitado?

Y para quien ha leído con atención estas líneas: **¡Que la bendición de Dios que es Padre, que es Hijo y que es Espíritu Santo, descienda abundantemente sobre ti y los tuyos y les acompañe siempre!**

Familia, vive la Palabra de Dios

Domingo 19.04.2020

La Palabra (Extracto de Jn 20, 19-31)

Aquel mismo domingo, por la tarde, estaban los discípulos en una casa con las puertas cerradas por miedo a los judíos. Jesús se presentó en medio de ellos y les dijo: “La paz esté con ustedes.” Y les mostró las manos y el costado. Los discípulos, se llenaron de



alegría al ver al Señor. Jesús les dijo de nuevo: “la paz esté con ustedes.” Y añadió: “Como el Padre me ha enviado, yo también los envío a ustedes.” Sopló sobre ellos y les dijo: “Reciban el Espíritu Santo. A quienes les perdonen los pecados, Dios se los perdonará; y a quienes se los retengan, Dios se los retendrá.”

Tomás, uno del grupo de los Doce, a quien llamaban “El Mellizo”, no estaba con ellos cuando se les apareció Jesús, Le dijeron, pues, los demás discípulos: “Hemos visto al Señor.” Tomás les contestó: *Si no veo las señales dejadas en sus manos por los clavos y no meto mi dedo en ellas, si no meto mi mano en la herida abierta en su costado, no lo creeré.*”

Ocho días después, se encontraban de nuevo reunidos en casa todos los discípulos de Jesús. Estaba también Tomás. Aunque las puertas estaban cerradas, Jesús se presentó en medio de ellos y les dijo: “La paz esté con ustedes.” Después dijo a Tomás: “Acerca tu dedo y comprueba mis manos; acerca tu mano y métela en mi costado. Y no seas incrédulo, sino creyente.” Tomás contestó: “¿Señor mío y Dios mío! Jesús le dijo: “¿Has creído porque me has visto? Dichosos los que han creído sin haber visto.”



Jesús hizo en presencia de sus discípulos Muchos más signos de los que han sido narrados en este libro. Estos han sido escritos para que ustedes crean que Jesús es el Mesías, el Hijo de Dios; y para que, creyendo, tengan en Él vida eterna.

Una reflexión para la vida de familia

Jesús ha muerto y sus discípulos desconcertados por lo sucedido entran en pánico y se refugian en una casa con puertas y ventanas cerradas, por miedo a los judíos, pues suponían que si habían asesinado alevosamente a su Maestro seguirían ellos como objetivo de su odio contra Jesús.



Las palabras pronunciadas por Jesús en su último encuentro de que era necesario ocurrieran estos hechos, no están en sus recuerdos en estos momentos y no aciertan a comprender todo lo sucedido. En esta situación se encontraban cuando Jesús resucitado irrumpió en medio de ellos sin que nadie le hubiese abierto para entrar. Atónitos escuchan la voz del Maestro

que les saluda entregándoles la paz, tal como Él les mandó lo hicieran cuando los envió a predicar.

Perplejos oyen la repetición de su saludo y las palabras que agrega a continuación. Así poco a poco van volviendo a la realidad y su corazón comienza a experimentar la alegría por verle con vida, aun cuando no podían comprender lo que estaba ocurriendo, pues su entendimiento no lograba adentrarse en el misterio de su presencia en medio de ellos.

Como en sueños escuchan lo que su Maestro les dice y contemplan el hecho que acompaña sus palabras: *“Como el Padre me ha enviado, yo también los envío a ustedes.”* Sopló sobre ellos y les dijo: *“Reciban el Espíritu Santo. A quienes les perdonen los pecados, Dios se los perdonará; y a quienes se los retengan, Dios se los retendrá.”*

Es probable que no hayan comprendido, en un primer momento el alcance de sus palabras, pues su temor no se disipa y siguen encerrados, pero, esta vez, comentando y meditando acerca del verdadero sentido que encerraba ese gesto y sus palabras. Lo cierto era que ya no era como antes, algo había cambiado. Ahora tenían la certeza de que estaba vivo, aun cuando no comprendieran como ocurría lo que habían experimentado. Esto es lo que narran a Tomás que no estaba con ellos en ese instante. Pero éste no lo aceptó como una realidad y más bien lo achacó a una alucinación colectiva diciendo: *“Si no veo las señales dejadas en sus manos por los clavos y no meto mi dedo en ellas, si no meto mi mano en la herida abierta en su costado, no lo creeré.”*



Al cabo de una semana se volvió a repetir la entrada de Jesús, de igual manera que la primera vez. Pero en esta ocasión se dirigió directamente a Tomás, llamándolo a experimentar lo que había solicitado para poder creer, agregándole una consideración válida, incluso, para cada uno de nosotros que miramos estos acontecimientos a la distancia. *“Acerca tu dedo y comprueba mis manos; acerca tu mano y métela en mi costado. Y no seas incrédulo, sino creyente.”* Tomás contestó: *“¿Señor mío y Dios mío! Jesús le dijo: “¿Has creído porque me has visto? Dichosos los que han creído sin haber visto.”*

Esto es un acicate para nuestra fe que ha de llevarnos, hoy, al encuentro con el Señor sin contar con una prueba tangible de su presencia en medio nuestro. ¿Creemos sin ver directamente y lo asumimos como una realidad concreta a la que nos adherimos o nos quedamos en la primera actitud de Tomás? Cada cual deberá cuestionarse a sí mismo sobre su propia postura y asumirla con sus consecuencias.



Para ser buenos educadores en la fe debemos ser coherentes, asumiendo integralmente aquello que creemos. Debemos hacer que nuestra fe no sea sólo un decir, sino hacerla práctica, vale decir, llevando a la propia vida aquello en que creemos. Si nuestra fe está puesta en Jesucristo, Él tiene algo que decir

en nuestro día a día y debemos estar atentos para escucharle, llevando a la práctica su enseñanza. En pocas palabras, debemos vivir en plenitud lo que creemos con el corazón

Examinemos nuestra vida teniendo presente la Palabra del Señor:

- ¿Soy de aquellos que se dicen cristianos, sin seguir las enseñanzas de Cristo?
- ¿Cuáles son los impedimentos que encuentro para ser fiel al Señor?
- ¿Necesito comprobar los hechos para creer en ellos? ¿Ver para creer?
- ¿Puedo dar razones del por qué creo o rechazo la fe? ¿Es sólo una herencia?

Y para quien ha leído con atención estas líneas: **¡Que la bendición de Dios que es Padre, que es Hijo y que es Espíritu Santo, descienda abundantemente sobre ti y los tuyos y les acompañe siempre!**

Familia, vive la Palabra de Dios

Domingo 26.04.2020

La Palabra (Extracto de Lc 24, 13-35)



Aquel mismo día, dos de los discípulos se dirigían a un pueblo llamado Emaús, que dista de Jerusalén unos once kilómetros. Iban hablando de todos estos sucesos. Mientras hablaban y se hacían preguntas, Jesús en persona se acercó y se puso a caminar con ellos. Pero sus ojos estaban cegados, que no eran capaces de reconocerlo. Él les dijo: *“Qué es lo que vienen conversando por el camino?”* Ellos se detuvieron entristecidos, y uno de ellos, llamado Cleofás, le respondió: *“¿Eres tú el único en Jerusalén que no sabes lo que ha pasado allí estos días?”* Él les preguntó: *“Qué ha pasado?”* Ellos contestaron: *“Lo de Jesús el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras ante Dios y ante todo el pueblo. ¿No sabes que los jefes de los sacerdotes y nuestras autoridades lo entregaron para que lo condenaran a muerte, y lo crucificaron? Nosotros esperábamos que Él fuera el libertador de Israel. Y, sin embargo, ya hace tres días que ocurrió esto. Es cierto que algunas de nuestras mujeres nos han sorprendido, porque fueron temprano al sepulcro y no encontraron su cuerpo. Hablaban incluso de que se les habían aparecido unos ángeles que decían que está vivo. Algunos de los nuestros fueron al sepulcro y lo encontraron todo como las mujeres decían, pero a Él no lo vieron.”* Entonces Jesús les dijo: *“¿Qué torpes son para comprender, y qué duros son para creer lo que dijeron los profetas! ¿No era necesario que el Mesías sufriera todo esto para entrar en su gloria?”* Y empezando por Moisés y siguiendo por todos los profetas, les explicó lo que decían de Él las Escrituras. Al llegar al pueblo adonde iban,



Jesús hizo ademán de seguir adelante. Pero ellos le insistieron diciendo: “*Quédate con nosotros, porque es tarde y está anocheciendo.*” Y entró para quedarse con ellos. Cuando estaba sentado a la mesa con ellos, tomó el pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio a ellos. Entonces se les abrieron los ojos y lo reconocieron, pero Jesús desapareció de su lado. Y se dijeron uno a otro: “*¿No ardía nuestro corazón mientras nos hablaba en el camino y nos explicaba las Escrituras?* En aquel mismo instante se pusieron en camino y regresaron a Jerusalén, donde encontraron reunidos a los once y a todos los demás, que decían: “*Es verdad, el Señor ha resucitado y se ha aparecido a Simón.*” Ellos, por su parte, contaban lo que les había ocurrido cuando iban de camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan.

Una reflexión para la vida de familia

Jesús ha muerto y ha sido sepultado y la angustia y desilusión de sus discípulos es evidente. Lo demuestran estos dos discípulos que van de regreso a su hogar en Emaús. Jesús se les acerca en el camino y tanta es su pena y congoja que no son capaces de reconocerle, pues para ellos todo había concluido con la muerte del Maestro. Ese es el tenor de la conversación que sostienen y así lo comunican a este compañero de viaje que encuentran en el camino. Jesús les escucha con atención y luego les muestra como todo lo ocurrido estaba escrito de antemano y les va detallando la historia que ellos ya conocían pero que Él se dedica a desglosarla y explicársela en detalles.



De esta manera transcurre todo el tiempo de viaje, de unos once kilómetros más menos. El tiempo ha transcurrido sin que se percataran de ello y como la temática les parecía importante y ya caía la tarde, le invitan a quedarse para seguir la conversación, pues se sentían muy a gusto con este extraño que, con sus palabras había atenuado la amargura que les invadía.

Jesús acepta de buen grado la invitación y se queda con ellos, hasta el momento que le invitan a sentarse a la mesa para compartir el pan.

Es, en ese momento que Jesús, tomando el pan entre sus manos da gracias al Padre por el alimento que van a compartir y esto produce el efecto de abrir los ojos del alma de sus discípulos que le reconocen en ese gesto, pero Él desaparece.

Allí vuelven a la realidad recriminándose por no haberle reconocido antes y deciden retornar a Jerusalén para narrar su experiencia al resto de los discípulos y apóstoles que se encontraban reunidos y temerosos.

Cuando finalmente se reunieron con los apóstoles, éstos les confirmaron que también habían vivido la experiencia de ver a Jesús resucitado.

Desde nuestra perspectiva actual, seguramente no todos aceptan esta verdad, pues tal como ocurrió con el apóstol Tomás, son muchos los que se niegan a creer, mientras sus sentidos naturales no les confirmen que están frente a una realidad concreta, sin considerar que Dios lo es, y que trasciende todo lo natural, de manera que si no empleamos los dones con que el adornó nuestra naturaleza como: la inteligencia, la razón, la libertad y la voluntad, jamás podremos aceptar lo que los sentidos naturales no puedan certificar como concretos.



Por otra parte está el hecho de que como seres naturales, hay muchas cosas que escapan a la concepción que tenemos de lo concreto y por el simple hecho de no ser tangibles, tendemos a pensar que nos son reales. Ejemplos hay de sobra como el amor que inhabita en nosotros como una fuerza que nos moviliza para salir de nuestro egoísmo e ir al encuentro de otro para hacerle feliz.

Frente a ello el mundo reacciona mostrándonos una faceta que esté más acorde con lo que esperamos sea tangible y por ello hablamos de un amor que es la distorsión misma del verdadero que Dios nos lo ha dejado muy claro con la entrega de su unigénito para liberarnos de las cadenas del egoísmo y la esclavitud del pecado.

Examinemos nuestra vida teniendo presente la Palabra del Señor:

- ¿Nos sentimos identificados de alguna manera con los discípulos de Emaús?
- ¿Somos capaces de pensar en la voluntad de Dios cuando no nos va bien?
- ¿Nos rebelamos frente a Dios cuando no nos da aquello que le hemos pedido?
- ¿Caemos en la desesperación o la depresión si nuestros proyectos fracasan?

Y para quien ha leído con atención estas líneas: **¡Que la bendición de Dios que es Padre, que es Hijo y que es Espíritu Santo, descienda abundantemente sobre ti y los tuyos y les acompañe siempre!**

*Ciertamente el bien y la misericordia
me seguirán todos los días de mi vida,
y en la casa del Señor moraré por largos días.*

Salmo 23, 6